

## La Ayuda Suiza a los niños de España



Los primeros cuatro camiones que llegaron a la casa en la calle Colón que había cedido el Comité Central de la localidad de Burjassot (provincia de Valencia) no podían tener un nombre más adecuado. Habían sido bautizados en honor a Henry Dunant, fundador de la Cruz Roja; Thomas Woodrow Wilson, ex-presidente de los EE.UU. e impulsor de la Sociedad de Naciones; Johann Heinrich Pestalozzi, famoso pedagogo suizo; y Fridtjof Nansen, científico noruego creador del pasaporte Nansen, un documento de viaje pionero expedido a los refugiados de guerra. Con esta declaración de intenciones, y con diez toneladas de medicinas, ropa y alimentos básicos como harina, leche en polvo o azúcar llegaron en 1937 los primeros cargamentos desde Suiza. Un convoy que, sin embargo, no pasaría a la historia por el ilustre apodo de cada vehículo, sino por tener rotulada en el carruaje una inscripción: «Ayuda suiza a los niños de España». O, como se conocería desde entonces, Ayuda Suiza.

Detrás de este primero de muchos envíos estaba una plataforma homónima, fundada en febrero de ese mismo año por el que entonces era el secretario de la ONG Servicio Civil Internacional Rodolfo Olgiate. El objetivo de esta iniciativa era muy claro y contundente: auspiciar, mediante donaciones y trabajo de campo, a los niños y madres lactantes víctimas de la Guerra Civil española; aunque en la práctica acabó beneficiando a otros grupos vulnerables de la contienda. Para ello, dicha entidad pacifista se dedicó a reclutar voluntarios en toda Suiza -se calcula que la cifra asciende a más de 30 hombres y mujeres-, además de recaudar fondos entre diferentes empresas e instituciones helvéticas con el fin de poder fletar todo lo necesario para la causa.

En su génesis, y debido al carácter neutral de su país de origen, Ayuda Suiza estaba orientada a auspiciar a los damnificados de ambos lados, tanto del sublevado como del democrático. Sin embargo, el rechazo por parte del bando franquista y el propio desarrollo de la guerra acabó por orientar los esfuerzos únicamente en el territorio republicano.

El plan de acción, perfectamente diseñado por Olgiate, estaba basado en tres pilares. El primero, enviar a Madrid -que hasta marzo de 1937 había estado violentamente asediado por las tropas rebeldes- ropa, medicinas, víveres y otros productos de primera necesidad. El segundo, evacuar a los más pequeños y a las madres lactantes de la capital hacia el conocido como Levante Feliz, es decir, a la retaguardia de la zona republicana (Cataluña, C. Valenciana y Murcia, principalmente); donde el gobierno republicano había diseñado un sistema de colonias en el que los más pequeños eran acogidos por otras familias o, directamente, se refugiaban con sus madres en unos edificios que compartían con otros exiliados. Y el tercero, el último paso: acoger a un total de 800 niños en Suiza. No obstante, en la práctica, la realidad de la guerra superó las previsiones de Olgiate y Ayuda Suiza desempeñó otras funciones, entre las que destacó la creación de varios comedores sociales en Madrid, donde se calcula que se alimentaron casi 20.000 personas durante meses.



En toda esta organización, la citada sede de Burjassot tuvo una relevancia excepcional. De hecho, hasta aquí llegaban los víveres y objetos provenientes de Suiza y desde aquí partían en los camiones Dunant, Wilson, Pestalozzi y Nansen rumbo a Madrid. Pero, más allá del desafío logístico, el edificio de la calle Colón se convirtió en el lugar que cambiaría la vida de muchos niños. Aquí se registraba su llegada desde las zonas más castigadas por la guerra y desde este lugar se les repartía en las diferentes colonias y las familias de acogida del Levante Feliz o bien eran conducidos hasta el puerto del Grao, desde donde partían hacia los países de acogida. Un sistema eficaz ya que logró salvar muchas vidas, pero que también suponía un riesgo para todos debido al avance de las tropas franquistas y a los bombardeos que sufría la retaguardia republicana. Es por ello que, además de levantar barracones y habilitar edificios para acoger familias, también se tuvieron que construir refugios antiaéreos para proteger a los más pequeños.

Con el avance de la contienda, muchos voluntarios de Ayuda Suiza, entre los que destaca la enfermera Elisabeth Eidenbenz, decidieron trasladar su centro de operaciones a Madrid, donde la población civil sufría cada vez mayor escasez y más penurias. Pese a esta situación, que se alargó durante el invierno de 1938 y los primeros meses de 1939, la mayoría de los integrantes de esta plataforma se quedaron auspicando a los más necesitados hasta el final de la guerra, en marzo de 1939. Una labor que, además, permitió crear un corredor humanitario que también se utilizó para conservar a buen recaudo hasta 2.000 obras de arte del Museo del Prado en la sede de la Sociedad de Naciones en Ginebra.



El final de la Guerra Civil no supuso la extinción de Ayuda Suiza. De hecho, muchos de sus voluntarios cruzaron la frontera y se instalaron en Francia. Allí auspicaron a los refugiados españoles y se vieron sorprendidos por el estallido de la II Guerra Mundial. Este conflicto, sin embargo, no minó sus ánimos, sino que sirvió para que su labor humanitaria se mantuviera intacta y se tradujera en proyectos como la Maternidad de Elna, un hospital en el que la propia Eidenbenz ayudó a dar a luz y a sobrevivir a 597 bebés nacidos de madres republicanas españolas y de madres judías perseguidas por el nazismo.